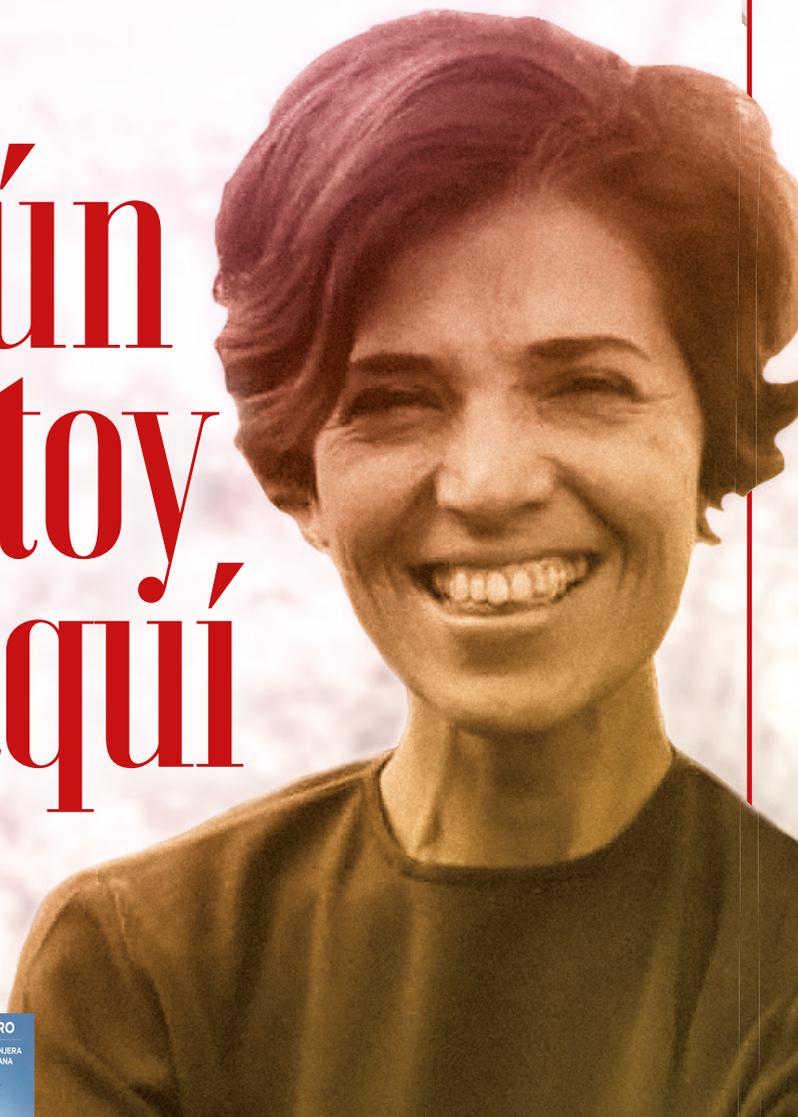


Marcelo Rubens Paiva

Aún estoy aquí



GANADORA DEL GLOBO DE ORO

MEJOR ACTRIZ FERNANDA TORRES

PRESELECCIONADA AL OSCAR - MEJOR PELÍCULA EXTRANJERA

NOMINADA AL GOYA - MEJOR PELÍCULA LATINOAMERICANA



FERNANDA TORRES SILTON MELLO FERNANDA MONTENEGRO

AÚN ESTOY AQUÍ

dirigida por WALTER SALLES

**La conmovedora historia que
ha emocionado a todo el mundo**

Más de 300 000 lectores

Óscar a Mejor Película Internacional

Shackleton
— books —

AÚN ESTOY AQUÍ

MARCELO RUBENS PAIVA

Shackleton
— b o o k s —

Producto no venal. Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

«Planet Earth is blue, and there's nothing I can do.»

DAVID BOWIE

¿Dónde es aquí?

No recordamos las primeras imágenes y actos de nuestra vida: la leche materna, los barrotos de la cuna, el móvil colgante que se mueve solo como por arte de magia, darnos la vuelta en la cuna, no poder volver a la posición original y llorar hasta que alguien viene a ayudarnos, echar nuestras piernecitas a un lado, darnos la vuelta y, esta vez sí, girar sobre nosotros mismos, el primer movimiento que revela un dominio corporal relevante de nuestra vida y del cual nos enorgullecemos inmensamente, ponernos de pie en la cuna, en la cama de nuestros padres, en el suelo, la primera vez que nos levantamos solos, apoyados en la pared, el segundo movimiento de dominio corporal que nos enorgullece muchísimo, lanzar juguetes fuera de la cuna, identificar a mamá y papá, apretar muñecos que dicen «eres mi amigo», «corazóóóóón», «si estás feliz, aplaude así», el llanto y su recompensa, el fascinante interruptor que enciende y apaga la luz, el universo de los distintos botones alrededor, un mundo en el que los aviones vuelan por el cielo, y en el que hay enchufes, el papel se rompe, la impresora escupe hojas, un cajón se abre y se cierra, se abre y se cierra, y hay cajones por todas partes, se enciende la televisión, se llama

al ascensor, las teclas del teléfono y del ordenador y del mando a distancia, el primer contacto con el magnífico teléfono móvil, que reproduce música, y esa caída libre sin apoyo que con el tiempo se convierte en andar y que se perfecciona, un proceso que la familia alienta y adora y aplaude.

Y, sin embargo, cuando somos pequeños recordamos todo eso a diario, al salir de la cuna: anhelar el móvil y el mando a distancia, intentar andar, romper papel, abrir y cerrar cajones, abrir y cerrar, el botón del muñeco que nos llama amigo, los movimientos corporales que se perfeccionan con el tiempo, los interruptores de la luz, lo que podemos hacer y lo que «¡no!», no se puede, nos dicen enfadados, quién es papá, mamá, la abuela, la tía, el miedo a que, cuando nos llevan a la cuna y apagan la luz, este lugar desaparezca y no logremos volver: por eso lloramos hasta cansarnos.

Aunque luego nuestros primeros recuerdos se borren, ¡ya tenemos MEMORIA desde el primer día en que nacimos! Cuando nos despertamos, sabemos que el mundo es magnífico, sentimos un vacío en el estómago, un pañal pesado y húmedo, y sabemos que, si lloramos, alguien vendrá y nos aliviará milagrosamente del malestar.

Somos un tro-ci-to de gente pe-que-ñi-ta y tenemos recuerdos, referencias, jugamos con ellos, calculamos nuestras acciones apoyándonos en recuerdos (ya) sólidos. Sin embargo, en algún momento, estos se pierden. No recordaremos nada de esto años más tarde. Olvidaremos casi todo. Con algunas excepciones: el triciclo que nos regalaron cuando teníamos tres o cuatro años, el jardín de infancia, una fiesta de cumpleaños a la que fueron todos nuestros amigos, algunos juguetes, las niñeras, las casas en las que vivimos, los pasillos, las habitaciones, los castigos, las peleas, los colegios, las maestras, los compañeritos de clase.

Los primeros recuerdos que conservamos para lo que queda de vida son los de cuando teníamos tres o cuatro años, y con cada año que pasa surgen otros que atesorar, cinco, seis, siete, que se convierten en nuestros primeros recuerdos más fuertes que el olvido, que serán cubiertos por nuevas experiencias, que se acumulan, acumulan, acumulan, ocho, nueve, diez...

Mi hijo no se acordará de su primer año de vida, cuando se empeñaba en enseñarle el ombligo a cada una de las personas que se acercaba a hablar con él. Y no se relajaba hasta que no le enseñábamos nosotros también el nuestro. No recordará aquellos ombligos grandes, peludos, lisos, graciosos, femeninos, enormes, pálidos, torcidos, chatos, blandos, tímidos, exuberantes, hermosos que vio. No se acordará de los tíos, las tías, los amigos de sus padres, los desconocidos, que se levantaban la camisa para él, mientras le dedicaban una mueca divertida y esbozaban una sonrisa, que él solía comprobar si tenía que ver con el ombligo, porque su mirada iba del ombligo ajeno a la cara de su dueño y luego volvía a observar el ombligo. Tampoco recordará que giraba por la habitación como una peonza, que se caía, se levantaba y giraba. Días después descubrimos que estaba jugando solo a la capoeira¹ en el salón, que lo había aprendido en el jardín de infancia.

Pero mi hijo sabrá de su fascinación infantil por ese curioso agujero en medio del cuerpo que todos tenemos, esa depresión en la piel, resultante de la caída del cordón umbilical, la primera cicatriz fisiológica que nos es concedida. Lo sabrá porque se lo contaremos, porque, en las primeras fotos de sus primeras fiestas de fin de curso, sus colegas de clase sonrían o lloran alrededor de una mesita, mirando o no al objetivo de la cámara, mientras él aparece

¹ NdT: La capoeira es una manifestación cultural y arte marcial afrobrasileña que combina combate, danza y acrobacias.

con la camiseta levantada, señalando su fenomenal ombligo. Y mi hijo se preguntará si existe una fase en la que la comunicación con el mundo pasa por el ombligo y si nuestros primeros recuerdos entran por él.

El renacimiento de un hecho psicológico pasado, su reconocimiento y ubicación son las condiciones necesarias de los recuerdos. O de la memoria. Elimine una de ellas y ya no será un recuerdo, sino una reminiscencia. Miras a alguien por la calle, crees reconocerle, imaginas que lo has visto antes, pero no puedes decir cuándo ni dónde. Existe el retorno de un hecho pasado y el reconocimiento, pero falta la ubicación: no hay memoria. Henri Bergson escribió sobre esto. Un sencillo test clínico para detectar la falta de memoria, como en los enfermos de alzhéimer, consiste en preguntar dónde y en qué año estamos.

30 de enero de 2008. Salimos de la parada de metro Liberdade. El día era soleado, pero recuerdo el olor a lluvia inminente. Quizás los paulistanos² pueden detectar con precisión el olor de la lluvia que se avecina. Percibimos en el aire que el cielo puede derrumbarse y que todo cambiará. Sabemos que, si llueve, llega el caos. Y que, por mucho que lo intentemos, la naturaleza sigue al mando de nuestra rutina en el mayor centro urbano de Sudamérica.

São Paulo es una de las pocas ciudades que tiene farolas con señales que advierten de una ZONA SUJETA A INUNDACIONES, con letras rojas sobre un fondo azul y con el dibujo de dos grandes nubes con gotas enormes, una señal que no se incluye en el Código de Tráfico brasileño. Es como si avisara a los conductores que bajan por la calle Diana, en el barrio de Perdizes —donde está la señal, justo en la esquina con la calle Turiassu; en algunas señales,

² NdT: «Paulistano» se refiere a los que nacieron en la ciudad de São Paulo, «paulista» a los que vienen del Estado homónimo.

Turiaçu—, que, en caso de tormenta, la calle que tienen delante se convierte en un río caudaloso y que la riada desciende por la vía con una fuerte corriente en el mismo sentido que los coches (no en sentido contrario, como si también obedeciera a las señales de tráfico) y que se inunda cada verano.

La memoria es un juego de magia por desvelar. Un truco de la vida. Un recuerdo no se superpone a otro, sino que se acumula a su lado. Un recuerdo reciente no se recupera antes que el milésimo. Se mezclan. Mi madre, que tiene alzhéimer, no recuerda lo que ha desayunado. Mi madre, que tiene alzhéimer, ve a mi hijo de un año, que se parece a mí, y lo reconoce. No cree que sea yo, pero le llama hijito, *mi hijito*. Y siempre dice:

—Es el más bonito.

Y a veces se confunde y dice:

—Es la más bonita.

Podría ser ella, la criatura. Podría ser que, habiendo criado cuatro hijas, todos los bebés se conviertan en ella. Mi madre se queja mucho cuando nos lo llevamos.

Centro histórico de São Paulo. Bajamos en la parada Liberdade. Mi madre, mi hermana Veroca y yo. Cruzamos la plaza Sete de Setembro. Recuerdo el olor a lluvia inminente y el bullicio alrededor del edificio de los juzgados. Ella había recorrido esa ruta cientos de veces. Pero si la soltáramos allí, sola, en aquella tarde bochornosa, se perdería y no sabría cuál es el camino de vuelta. Se perdería en un razonamiento circular, bajo una inundación de imágenes, sinapsis, órdenes, recuerdos, que inundarían su cerebro, harían desconocido lo conocido y desembocarían en una única pregunta:

—¿Qué hago aquí?

O mejor dicho:

—¿Qué era lo que había venido a hacer aquí?

Y tal vez:

—¿Dónde es aquí?

Como no encontraría la respuesta, puesto que la tormenta cerebral impediría la claridad de los pensamientos, diría la frase que marcó la etapa inicial de su alzhéimer:

—Quiero irme.

O:

—Quiero irme a casa.

A veces sonriendo. A veces furiosa. Siempre sorprendente.

Entramos en el edificio del juzgado João Mendes. Ella miraba el lugar con familiaridad y sonreía. Estaba disfrutando del paseo. Esperamos en la cola de los ascensores. Sobre la puerta, unos carteles indican las plantas en las que se detiene cada ascensor. Un vaivén de abogados, pasantes, acusados, testigos, demandantes, policías, presos, asistentes, víctimas y parejas en proceso de separación.

Turiaçu es un río en el estado de Maranhão. El nombre viene de *tury*, ‘antorcha’, y *assu*, ‘grande’. Gran antorcha, gran luz, gran hoguera. Una hoguera en un lugar elevado, visible en la lejanía, se utilizaba para facilitar la pesca de gambas en el mar. En las noches oscuras, indicaba a los que tardaban el camino de regreso. Guiaba a los perdidos. Turyassu: la gran hoguera, el faro que iluminaba el camino de vuelta a casa, a la aldea, a las familias.

Embistieron mi coche en una calle paralela a *Turiaçu*, en un día claro, y me demandaron en ese juzgado. Mi madre fue mi abogada. El tío, a pesar de ser culpable, me pidió pasta. Mi madre aceptó la conciliación. El tío pedía cinco veces el precio de la reparación. Me entregó unos presupuestos falsos. Me decepcionó el papel de mi madre porque no luchó hasta el final, no hizo prevalecer

la justicia; yo era inocente. ¡Embistió mi coche y ahora dice que fui yo!

—Hijo mío, llega a un acuerdo de conciliación, no tiene sentido perder el tiempo peleando...

No hubo justicia. Pagué la reparación del coche de aquel individuo. Bajamos en el ascensor con el sinvergüenza y su oportunista abogado. Compartimos ascensor en respetuoso silencio. Y cada parte siguió su camino sin despedirse. Debería haberlos estrangulado a ambos, a él y al abogado. Caminamos hasta la parada Libertad. Derrotado, aún volví a oír unas cuantas veces más:

—Hijo mío, llega a un acuerdo de conciliación, no tiene sentido perder el tiempo peleando...

Me separé en aquel mismo juzgado, años más tarde. Se suponía que mi madre era mi abogada, como lo había sido toda mi vida, abogada para lo que hiciera falta: accidentes de tráfico, contratos, desacuerdos laborales, problemas con Hacienda... Era mi revisora de textos y mi contable, así como la abogada de sus cinco hijos y de una docena de primos, amigos e incluso de amigos de primos y padres de amigos. Divorció a parejas de amigos, inventarió el patrimonio de familias de amigos, fue abogada de fábricas, empresas e indígenas, fue la letrada del divorcio del cantante Ronnie Von, que causó furor cuando se presentó en el despacho:

—*Meu bem...*³

Fue una de las pocas especialistas en derecho indígena, abogada de la fundación de Gilberto Gil y representante legal de Sting en Brasil, que donaba pasta para los indígenas *caiapós*. El músico llamaba a nuestra casa, con un inconfundible acento inglés:

—Eunice Paiva, porrr fa-vorrr.

³ NdT: «Meu bem», que se puede traducir como «cariño mío», es una canción de 1966 del cantante brasileño Ronnie Von.

—¡Mamá! ¡Otra vez *Stingui* al teléfono! Acaba rápido, ¡espero una llamada!

Fue abogada de ilustres y de desconocidos, consultora del Gobierno federal, del Banco Mundial y de la ONU. ¿Dónde fue a parar todo ese conocimiento? Está a la deriva en su memoria, yendo y viniendo en el mar de las conexiones químicas, desde donde no se puede ver la gran antorcha en la costa, la gran hoguera, para volver a la tierra, al punto de partida. Como *Major Tom*, el astronauta de David Bowie que se quedó atrapado flotando en el espacio de una forma peculiar, alrededor de la Tierra.

Ground Control to Major Tom.

Your circuit's dead, there's something wrong

Can you hear me, Major Tom? Can you hear me, Major Tom?

Major Tom, en la oscuridad, en un vuelo a ciegas, en la puerta de su nave, que parece una delgada lata. *Planet Earth is blue, and there's nothing I can do.* Me pregunto si este es un pensamiento conformista, de alguien que no cree en las acciones transformadoras ni en las posibilidades de que el ser humano, un ser político, haga historia, en actitudes que alguna vez llamó «revolución», o si sucede que, en ciertos casos, la Tierra es azul, es mucho más grande que nuestra insignificancia, y no hay nada que podamos hacer.

Bajamos en el Juzgado n.º 5 de Familia del edificio João Mendes, donde nos encontramos con nuestras dos abogadas, dos letradas que mi madre había elegido, con las que se reunió en un despacho en la avenida Paulista para, aún lúcida, darles consejos sobre cómo deberían actuar.

Esperamos en el pasillo.

Los presos encadenados permanecen de espaldas, con la cara pegada a la pared, y siempre van escoltados. En muchos bancos, acusados, testigos y demandantes están molestos por el calor, porque saben que va a llover, que saldremos de ese edificio y el caos se habrá apoderado de la ciudad. El silencio es casi total, respetuoso silencio: sí, doctor; no, doctor. ¿Yo ya he dicho esto?

Lo curioso es que, dentro de las salas, se arman peleas enormes. Pero fuera, en los pasillos, en el vestíbulo, en los ascensores, se habla poco. Cuando se habla, es susurrando.

En ningún momento preguntó qué estábamos haciendo allí ni pidió marcharse. A esas alturas, «salir a pasear», ver cosas y gente, podía traerle alegría. Y quizás se sentía cómoda en aquel lugar. Las muchas veces que esperó en aquellos bancos permanecían en su memoria. Mamá debía de sentirse como en casa, por eso no se quejaba. Aún quedaba algo de presente y, por tanto, de memoria. Aún. Y quizá no dispongamos de UNA única memoria.

Delante de cada sala se ubicaba una mesita con una secretaria o un secretario. Cuando nos llamaron, la miré. «¿Vamos? Es nuestro turno». Ella miró a Veroca. Confiaba en nosotros, en los dos, no solo en mí. Confiaba en su hija mayor y en su único hijo hombre. No confiaba ciegamente, nunca confió ciegamente en nadie. Era abogada. Comprobaba cada decisión que tomábamos para asegurarse de que no nos equivocábamos. Sabía que ahora estábamos nosotros dos a cargo. Y si firmaba un documento, incluso con alzhéimer, lo revisaba cinco veces. Si no estaba de acuerdo, no lo firmaba. Comprobaba cada decisión que tomaban las abogadas para asegurarse de que no se equivocaban. Sabía cómo sería su futuro. Sabía que su demencia no era solo una cuestión médica, sino también judicial. Sabía que existían leyes que protegían y preservaban los bienes y el bienestar de la familia. Creía en la justicia.

Estaba orgullosa de formar parte de ese entorno. Siempre me lo repetía:

—La justicia existe para defender a los más débiles.

La llamaron por su nombre. Obedeció, resignada. Entramos en la sala. El juez de familia estaba sentado frente a una mesa sobre un estrado. Nos acomodamos en los lugares indicados por la secretaria judicial. Un enorme retrato mal pintado de un soldado con uniforme era la única reproducción que colgaba de la pared, frente al juez. Comenté, para romper el hielo, que era imposible que alguien luchara con un uniforme tan ridículo, por no hablar del pesado casco. Me interrumpió y explicó que aquel era su padre, que había sido policía de la Fuerza Pública, antes Policía Militar, un ejemplo de carácter. Y que ese era su uniforme de gala. Yo no podía retroceder en el tiempo. El juez leyó rápidamente el caso, se saltó párrafos, miró a todos los citados en el documento. Al llegar al nombre de mi madre, fijó la mirada en ella.

—Veo que tenemos aquí a una compañera licenciada en Derecho.

—Sí, soy abogada. Jubilada.

—¿Sabe usted por qué está aquí?

—Porque ya soy vieja y necesito que me cuiden —respondió con su marca característica: sinceridad y lógica.

Estábamos en el 5.º Juzgado de Familia del edificio João Mendes porque ella había envejecido. Esa era la gran ironía. Especialista en interdecir a los padres de sus amigos, considerada una abogada de confianza, iba a ser interdicha a las 14:35 h. Con setenta y siete años. No tan vieja. Interdijo dramáticamente a viejos conocidos. Sabía, paso a paso, cómo hacerlo.

El juez tenía delante de él certificados de dos especialistas médicos, uno de ellos profesor de la Universidad de São Paulo,

exámenes clínicos, imágenes del cerebro con las evidentes manchas blancas que indican la enfermedad, poderes notariales de los cinco hijos solicitando la interdicción. Esperábamos que, como de costumbre, nombrara a un perito judicial de su confianza para que retirara los derechos civiles a una licenciada en Derecho. Llevó el caso con objetividad, frialdad y respeto; al fin y al cabo, estaba frente a una colega. No hablaba con jerga jurídica. Rutina. ¿Cuántos casos similares habría juzgado esa semana? ¿Cuántas veces leyó el expediente del caso y vio las mismas palabras, los mismos términos, las mismas peticiones?

Se volvió hacia mi madre y preguntó inesperadamente:

—¿En qué año estamos?

Ella me miró desesperada. Con esa expresión, la nueva expresión, adquirida pocos años atrás, de que intentaba recordar algo trivial y no podía, ¡la fecha!, ¡qué día es hoy!, ¡fecha!, ¡día/mes/año!, humillada por las conexiones cerebrales, proteínas que faltaban cada día, más y más, ¡quieren la fecha!, que la dejaban en un insólito blanco, ¿dónde está la antorcha? Nos miró como si estuviera siendo arrastrada por la corriente hacia el vacío del océano, iba a ahogarse, ahogarse en el olvido. Asustada, sorprendida de no poder recordar una cosa tan simple. Remar de vuelta era un ejercicio sobrehumano. Tenía que adivinar la dirección, defenderse y responder en qué año estábamos. No lo sabía. No sabía qué año era, ni qué mes, ni qué día. El tiempo carecía de sentido. No podía afirmar con seguridad qué había desayunado. Por mucho que lo quisiera, no podía acertar la primera pregunta. 1-0 para la enfermedad. El juez añadió otra:

—¿Cómo se llama el presidente de Brasil?

Otra vez la mirada, la desesperación, la vergüenza, la mente en blanco, ella sufría demasiado, siempre sufría cuando no reconocía

a alguien y esa persona le preguntaba: «¿Te acuerdas de mí?», era desesperante no recordar si ya se había bañado, olvidar sus medicinas, la olla en la cocina, no ver la hoguera en lo alto de la colina para volver a la costa con el barco lleno de camarones, la pesca hecha, la misión cumplida.

—El presidente de Brasil,⁴ mamá, lo conoces personalmente.

—Ha estado en casa dos veces, cuando aún era dirigente sindical. Estuviste en la fundación de su partido. Estuviste a su lado en la lucha por la amnistía, por las elecciones directas, por la redemocratización. Incluso querían que fueras senadora suplente en su partido. Vino a casa una noche en la que todo era un caos. Yo estaba jugando al *Risk* en el salón con unos amigos. Habíamos fumado marihuana. Nos reíamos a carcajadas. Tú, en el dormitorio. Veroca lo trajo con Geraldinho. Entró y rompimos a reír, porque estábamos muy fumados. Él nos saludó y se rio también, debió de notar el olor desde la calle. Claro que no le ofrecimos hierba. Entró y fue a hablar contigo sobre el rumbo de la política brasileña, que se estaba reorganizando, saliendo de la dictadura. Nos preguntamos si debíamos o no ofrecerle marihuana al líder del sindicato metalúrgico. Mejor no. En aquella época, yo fumaba cánnabis en casa con mis amigos. En el dormitorio, en el balcón, nunca delante de ti. Cuando te enteraste de que yo fumaba, y de que mis amigos fumaban, y de que tus amigos, y los amigos que hiciste cuando ya eras viuda fumaban, y cuando tus amigos que fumaban te lo ofrecieron, y tú no te negaste, por educación, por timidez, y le diste unas caladas, con curiosidad, que no te provocó ninguna sensación rara, te diste cuenta de que la hierba no era algo diabólico. Levantaste la prohibición.

⁴ NdT: Luiz Inácio Lula da Silva, tres veces presidente de Brasil (2003-2006, 2007-2010 y 2023-2026).

La memoria no es la capacidad de organizar y clasificar los recuerdos en archivos. No hay archivos. La acumulación de pasado sobre pasado continúa hasta nuestro final, memoria sobre memoria, a través de recuerdos mezclados, distorsionados, bloqueados, recurrentes u ocultos, o reprimidos, o blindados por un instinto de supervivencia. Una hoguera en lo alto ayudaría. Pero el fuego se apaga con el tiempo. Y no conseguimos navegar de vuelta a casa.

El juez esperaba una respuesta. Veroca, como si hablara con un niño, seguía intentándolo:

—Mamá, tú lo conoces, es Lu...

Nada. Silencio. Ella me miró. Nada. No pasa nada, mamá. No pasa nada, es normal olvidar, eres mayor, estas cosas suceden, todos olvidamos, no tienes que desesperarte ni sentirte culpable, estamos aquí para ayudarte, yo voy a envejecer también, acuérdate de tu suegra, la abuela, ella también se puso así, se puso senil, tu madre también envejeció, se puso viejita, acuérdate de los amigos de tus amigos, ¿a quién incapacitaste?, también se pusieron así, envejecer es parte de la vida, olvidarse es normal, yo también olvidaré en el futuro, yo, Veroca, las abogadas, ese juez, su padre, con ese ridículo uniforme, debe ser hoy un anciano que olvida, no sufras, todos olvidamos, olvidar forma parte de la vida, es normal, envejecer es normal, forma parte de la vida, todo irá bien, la Justicia te protegerá, tú confías en la Justicia, cuidaremos de ti, no te preocupes...

El juez preguntó, porque quería saber si había caso, si incoaba el procedimiento. Sí, la licenciada en Derecho estaba incapacitada. Sufría alguna demencia. Era la enfermedad que le impedía recordar. Podría ser alzhéimer. Podría ser hormonal u otra demencia. Hoy en día hay demencias identificadas, nombradas, diferentes unas de otras. La población envejece. El cerebro de las

personas envejece. Un perito elegido por el juez llevaría a cabo la evaluación final. Pero era necesario solicitar un apoyo a personas con discapacidad temporal.

—Estamos aquí porque sus hijos están pidiendo su incapacitación judicial y han elegido a su hijo, Marcelo, como curador. ¿Usted está al tanto de esto?

—Es porque soy vieja y necesito que me cuiden.

Ella no hizo referencia a su diagnóstico. Luchaba para ser tratada no como una enferma, una demente, sino como un ser igual a los demás, al que, con la edad, le traiciona la memoria, se vuelve torpe, olvidadiza, esclerótica, viejita.

—¿Ella puede ser también mi curadora? —preguntó, refiriéndose a Veroca.

—No, solo una persona.

—¿Pero puede cuidar de mí?

—Por supuesto, mamá, siempre cuidaré de ti —contestó Veroca.

Y ella era quien la cuidaba. Allí ya se había establecido una alianza de amor y confianza. Me pregunté por qué me elegían a mí como curador y no a ella, mi hermana mayor. Porque soy un hombre. El único hombre de la casa. Ella me eligió. Después de lo que había hecho por mí a lo largo de mi vida, yo debía devolvérselo.

Siguió hablando de sus dos hijas que viven en el extranjero, una en Suiza, la otra en París, de sus nietos que viven en Francia, de que quería pagarles para que vinieran a verla cada año, ya que ella no podía viajar más, insistiendo en que había que tenerla siempre cerca de sus nietos, que disponía el dinero para permitírsele. El juez estuvo de acuerdo. Ella insistió. Repitió que dos de sus hijas vivían en el extranjero, una en Suiza, la otra en Francia, y tres nietos en París, que necesitaba que vinieran cada año, que ella costearía los gastos si ellos no podían permitírsele, porque

hasta entonces ella había ido a verlos cada año, pero ahora estaba vieja, no podía viajar, se perdía en los aeropuertos, se perdía en la calle buscando un taxi, no podía comprar billetes por internet, no podía comprar nada por internet, no lograba usarlo, a pesar de las tardes que pasé enseñándole, se enfadaba con el ratón, no entendía bien el ratón, el cursor desaparecía y volvía a aparecer, deseaba poder comprar billetes en la tienda de Varig, que estaba en la avenida Paulista, pero la agencia ya no existía, la compañía estaba en quiebra, lo mismo le sucedió a VASP, la compañía con la que ella volaba habitualmente con ofertas (guarde nueve tarjetas de embarque y consiga un viaje gratis). Quebró. Transbrasil también quebró, las cosas estaban cambiando demasiado deprisa, los bancos se estaban automatizando, las notificaciones de los tribunales llegaban ahora por correo electrónico, en lugar de por carta sellada por el Colegio de Abogados de São Paulo, ¡y no lograba entenderse con el *maledetto* ratón! ¡*Ma-le-det-to!*

Repetir es uno de los gestos rutinarios de las personas con demencia. No sé si es porque la persona ha olvidado lo que dijo o para reafirmar lo dicho, ya que algunas personas no siempre prestan atención. Esta repetición, de hecho, es una advertencia: ahí es cuando la familia recibe las primeras señales de que los pensamientos de la persona que repite no siguen un camino continuo.

El juez fue sorprendentemente atento y escuchó por segunda vez, como si fuera la primera, con hijas y nietos en el extranjero y que quería pagarles para que vinieran a verla cada año. «Por supuesto, nos ocuparemos de ello», respondió.

El juez me miró con seriedad. Anunció que, a partir de ese momento, yo sería responsable de mi madre a efectos legales y criminales.

A partir de hoy, usted es legal y criminalmente responsable de su madre. Exigió que hiciera todo lo posible para garantizar su

comodidad y bienestar. Determinó que ya no podía quedarse sola. Necesitaríamos cuidadoras veinticuatro horas al día, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año. Y me recordó que tenía la obligación de traer a las hijas y a los nietos que vivían en el extranjero.

A partir de entonces, mi madre nunca volvió a estar sola.

En ese momento, las tornas se invirtieron.

El 30 de enero de 2008, aquella tarde bochornosa, conforme a lo dispuesto por la ley en el Juzgado Central Civil de la plaza João Mendes, sin número, cuarta planta, sala 426 del Tribunal de Justicia del Estado de São Paulo, primero de modo provisional y luego definitivo, la persona que cuidó de mí durante cuarenta y ocho años pasaba a ser cuidada por mí. Lo dicho es verdad y doy fe.

Yo me convertí en «madre» de mi madre.

Y no llovió.



MARCELO RUBENS PAIVA

Es un novelista, dramaturgo, guionista y periodista brasileño nacido en São Paulo, Brasil. Es hijo de Rubens Paiva, un político asesinado durante la dictadura militar de Brasil en 1971. El impacto de la desaparición de su padre en la vida de su familia, y especialmente de la de su madre, Eunice Paiva, se retrata en su autobiografía *Aún estoy aquí* (2015), que fue adaptada al cine en 2024 por el director Walter Salles.

«La memoria la habita en su sentido más pleno, radical y, si se quiere, político. Es memoria, decíamos, pero también es manifiesto, programa de supervivencia, y testimonio necesario. Es todo eso y una auténtica una belleza».

– *El Mundo*

«Un detalle de algo vivido puede ser recordado años después, cobrar una relevancia que antes no tenía, y dejar en segundo plano lo que en aquel momento era más representativo. Y el encarcelamiento de mi padre (como el de mi madre y el de mi hermana) con el tiempo adquirió otro significado, otras pruebas, testigos».

– **Marcelo Rubens Paiva en *Estado de Minas* (periódico brasileño)**

«“Vamos a sonreír. Sonreíd” es un mantra de resistencia. Eunice Paiva eligió la vida, y esa es la elección más revolucionaria, la que todos debemos hacer en este momento en que la democracia y el futuro humano de la casa-planeta están siendo atacados».

– *El País*

Aún estoy aquí

**La conmovedora historia real
que ha emocionado a todo el mundo.**

**Más de 300 000 ejemplares vendidos
y ganadora de un Óscar.**

EUNICE PAIVA fue una mujer de muchas vidas. Casada con el diputado brasileño Rubens Paiva, estuvo a su lado cuando fue destituido y exiliado en 1964. Madre de cinco hijos, tuvo que criarlos sola desde 1971, cuando su marido fue arrestado, torturado y asesinado por agentes de la dictadura militar. Se reinventó en medio del dolor. Volvió a estudiar, y se convirtió en abogada y defensora de los derechos indígenas, y llegó incluso a asesorar al Gobierno Federal de Brasil y a instituciones tan prestigiosas como las Naciones Unidas. Nunca lloró frente a las cámaras.

Al hablar de su madre Eunice y de su última batalla, esta vez contra el alzhéimer, Marcelo Rubens Paiva ahonda en la memoria y la identidad familiar, en su infancia y en lo que supuso ser su hijo. Al mismo tiempo, el testimonio íntimo y extraordinario de una tragedia familiar le permite sumergirse en un momento oscuro de la historia reciente de Brasil, para contar —y tratar de entender— lo que realmente ocurrió con Rubens Paiva, su padre, aquel fatídico día de enero de 1971.

«La heroicidad inmensa y callada de una mujer contra la dictadura». - *EL Mundo*